



www.loqueleo.com/ec

© 2010, Mónica Varea Maldonado

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-586-9

Derechos de autor: 033825

Depósito legal: 004447

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2010

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Enero 2017

Décima quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Pablo Pincay

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Isabel Castellanos

Supervisión editorial: Sylvia Gómez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Estás frita, Margarita

Mónica Varea



loqueleo



A Santi, Carito y Paz, mis amores de siempre.

*A María Eugenia, Pati y María del Rosario,
mis amigas de siempre.*

*A mamá y a mis hermanas,
por su paciencia infinita.*

*A Jota, Marialex y José Alejandro,
mis sobrinos adorados... porque sí.*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

De vuelta a clase	11
Almuerzo en familia	21
La Primera Comunión	33
Un olor raro	43
El pastel	55
Ven-ganza	67
Cambio de profe	77
Confianza y motivación	85
Un final sin solución	93
Biografía	101
Cuaderno de actividades	103

De vuelta a clase



El nuevo año lectivo empezó sin novedad, y para Margarita María Bernal Piñeyro, sin nada nuevo. Para su desgracia, su malvada hermana Celia le había jugado sucio una vez más. Resulta que, al cambiarse de casa, Celia, tan ordenada como era, había reunido en una vieja caja de zapatos todos los útiles escolares usados: rotuladores, lápices de color, compás, graduador, cartuchera y hasta libreta de borrador. Los tenía a todos en sus cajas originales. Por fuera lucían perfectos, y, en un acto de generosidad extrema, regaló a Margarita todo, incluida la caja de zapatos. Ella aceptó feliz el regalo, sobre todo porque pensó que tal vez este era un indicio de que su hermana se estaba volviendo buena. Pero Margarita no se percató de que al iniciar el año a Celia le

comprarían todo nuevo, mientras que ella empezaría el sexto grado con lápices enanos, rotuladores gastados y cartuchera abollada.

12 Eso no era todo. La pobre Margarita, después de casi tres meses de vacaciones, largas caminatas con sus primos, ejercicio al aire libre y tres tomas diarias de un brebaje llamado aceite de hígado de bacalao, no había crecido ni un centímetro y no se había engordado ni una onza, lo que le aseguraba tener que usar el mismísimo uniforme envejecido del año anterior. Lo único que le había crecido ¡eran los pies! Y claro, los horribles y gastados zapatos de Celia le calzaron a la perfección.

Margarita se sentía la niña más infeliz de todo el grado, de todo el colegio, de toda la ciudad, de todo el país, de todo el continente, de todo el mundo y tal vez de toda la Vía Láctea. Iniciar el nuevo año lectivo con sus útiles usados y con la mismísima talla no auguraba nada bueno.

«Al mal tiempo, buena cara», repetía siempre su abuela, pero a Margarita esto le resultaba absurdo. Cómo podía alguien poner «buena

13 cara» cuando todo le salía mal, cuando con seguridad sería la niña más flaca y pequeña del sexto grado y cuando empezaría el año con todo viejo, incluidos los horribles zapatos de cordón y lazo que heredó de Celia.

Ir al colegio definitivamente no era una actividad que Margarita considerara divertida. Lo único que, según ella, hacía que el inicio del año escolar fuera tolerable era comprar útiles escolares nuevos, ver su nombre: «Margarita María Bernal Piñeyro» escrito con la perfecta letra de su padre en todos sus nuevos libros, escoger un motivo para sus carátulas, etc.



Lo que le gustaba era esa sensación de ser una «página en blanco».

14 Ella creía que, desde entonces, cada inicio de año, cuando las maestras la vieran con todo nuevo, vestida impecablemente, peinadísima y sin un pelo fuera de lugar, cargando una maleta reluciente y calzando unos zapatos lustrosamente flamantes, pensarían que toda ella era nueva, una auténtica «página en blanco». Y es que su mala fama de traviesa había trascendido a todos los cursos superiores, a todas las autoridades y personal docente. Esto a ella le preocupaba mucho, pues la convertía irremediabilmente en una página en blanco con una gran mancha en el medio.

Un día, antes de empezar clases, Margarita no podía dejar de mirar los zapatos. No le cabía en la cabeza cómo alguien había podido fabricar algo tan feo, cómo alguien había podido venderlo y ¡cómo alguien había podido comprarlo! Seguramente eran únicos en su clase porque el zapatero que los hizo debía estar preso, confinado en una celda junto a quien inventó las medias verdes.

Ella veía los zapatos heredados intentando encontrarles algo bueno y repetía para sí misma: «Tienen una larga punta levantada, están cerrados hasta encima del tobillo con un cordón, están decorados con un enorme lazo negro y una hebillita dorada al medio y, en la punta y los lados, el cuero tiene unos huequitos en forma de corazón. ¿Podrían ser peores?». Y enseguida se consolaba

15



diciendo: «Al menos son negros, podrían ser de color amarillo fosforescente».

16 Llegó el primer día de clase y Margarita estaba aterrada. Temía la reacción de sus compañeros al verla llegar tan chiquita, tan flaca y con esos horrendos zapatos. En especial, tenía miedo de encontrarse con Leonardo. Él era el rey de las bromas y, el año anterior, se había inventado un jueguito que tenía hartas a todas las niñas del grado. Todo había empezado una mañana en que Leonardo llegó con la novedad de que padecía una extraña enfermedad. Todos, muy consternados, empezaron a preguntarle qué podían hacer para ayudarlo.

Él les dijo que con el estómago vacío no se lo podía contar, así que todos volaron a comprar alguna golosina para su amigo moribundo, no con ánimo de satisfacer la curiosidad y saber cuál era la enfermedad del niño, sino con real afán de ayudar a su curación porque este era un grado muy solidario. Leonardo, luego de deleitarse con papitas fritas, chocolates, palomitas de maíz, pastel de naranja y demás delicias,

soltó un sonoro y mal educado burp y dijo con voz muy seria:

—Amigos, tengo una enfermedad. Padezco de *tizomanía*.

—¿Tizo qué? —se adelantó a preguntar Pantiman.

—TI-ZO-MA-NÍ-A —respondió el enfermo con mucha tranquilidad.

Para explicarles en qué consistía esta grave enfermedad, les pidió a todos los niños y niñas que se arrimaran a la pared. Nadie entendía nada, pero obedecieron. Cuando todos estaban en la posición que el enfermo había solicitado, este sacó de su bolsillo una tiza y dibujó en la pared una gran tilde encima de la cabeza de todos sus compañeros, luego se puso frente a ellos y, con voz burlona, les dijo:

—Ven, esa es mi enfermedad, ja, ja, ja, los he tildado de ingenuos.

Todos en el grado se quedaron muy molestos pero poco o nada pudieron hacer. Leonardo se pasó todo el último mes de clase enfermo de *tizomanía*, tildando a las niñas de su grado, y la



pobre Margarita era tan ingenua y despistada que, cada vez que su compañero la llamaba y le pedía que se colocara junto a la pared, ella caía en la trampa. Él sacaba su tiza y le ponía una gran tilde diciéndole:

- Te tildo de ingenua.
- Te tildo de enana.
- Te tildo de llorona.

Así que el miedo de Margarita de encontrarse con su compañero no era en vano, y lo peor es que sentía que, si la tildaba de la niña con los zapatos más feos de todo el grado, de todo el colegio, de toda la ciudad, de todo el país, de todo el continente, de todo el mundo y tal vez de toda la Vía Láctea, él tendría absoluta razón. Nadie la defendería: el grado entero estaría de acuerdo.

Al llegar al cole, Margarita sintió que sus piernas flaqueaban y que su cara estaba del rojo más intenso en la gama de rojos, pero de pronto escuchó la voz de Oleas que dijo emocionado:

- ¿Volviste?
- Y enseguida la de Bruno, que gritó:
- Chicos, Bernal sí volvió.

Todos los niños y niñas la abrazaron, le dieron la bienvenida y le dijeron:

—¡Qué bueno que volviste, estás igualita, qué chévere!

20 Margarita no cabía de la dicha. Su miedo se evaporó de inmediato, se sintió muy feliz, se olvidó de su talla, de su peso mosca, de sus horrendos zapatos y de su viejo uniforme. Enseguida se dio cuenta de que lo viejo no es nada malo, cuando de viejos amigos se trata.

Almuerzo en familia



Margarita era muy flaquita, pero comía muy bien, hasta podría decirse que era levemente glotona. Le gustaba todo, a tal nivel que comía con gusto hasta el brócoli y la coliflor.

21

Como toda regla tiene su excepción, odiaba el curry, pero, por lo demás, como decía su abuela, ella era «de buen comer». No así su hermana Celia, a quien nada le gustaba. Decía que ella no podía comer cosas de colores.

—¿Cómo «de colores»? —preguntaba su papá, el doctor Marquito, que era un médico experto en nutrición.

Celia no daba ninguna explicación, pero insistía en que para ella era imposible meterse a la boca un tomate rojo junto a una lechuga verde o a una papa amarilla. La verdad es